



Nada más cruel que el tiempo. El tiempo hace tabla rasa de clases sociales y valores convencionales de los mortales. La bonita se vuelve fea, el atleta se convierte en pelele y el activo, en feto y casero. El mundo no fue inventado por nosotros. Uno se dice algunas veces que en un mundo hecho por nosotros, en vez de irnos poniendo viejos y feos, nos iríamos poniendo cada vez más jóvenes, más fuertes y hermosos, como en el drama de Fausto. Unamuno decía que toda vida al final es un fracaso.

J. Edwards Bello: "Hotel Oddó", pág. 91.

LA MUERTE: ULTIMA CRONICA DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

Pág. 13



JOAQUIN EDWARDS BELLO. Premio Nacional de Literatura 1941 y de Periodismo 1919, puso fin trágico a su larga existencia. A la izquierda aparece en una foto tomada hace algunos años. Abajo, en los momentos que su cadáver abandona su casa de la calle Santa Dominga.



Ve-2 22-11-1918 Ue 1499. 1913 60058

DESPERACION. Impotencia, ante el inexorable paso de los años que marchaban, en forma cruel e implacable, ya ya quebrantada humanidad, empujaron al periodista, escritor y novelista, Premio Nacional de Literatura y de Periodismo, Joaquín Edwards Bello, a tomar la más trágica decisión de su existencia: la muerte. Una bala del calibre 32 le sacó de este mundo, que ya nada le ofrecía, salvo sufrimientos y compases. Desesperado, abrumado por una arañada arteriosclerosis que lo deprimía emocionalmente hasta los extremos de solo pensar en poner fin a sus días, "el gran cronista" no se resignó jamás a aceptar los golpes de la vejez.

Poco faltaba para que cumpliera los 51 años de edad. Una larga vida dedicada a escribir y pintar. Crónicas de sucesos, novelas, cuentos, sus producciones siempre llevaron impreso el sello de la crítica a la sociedad chilena, de la burguesía de la aristocracia y de la clase media; sólo se en ellas mediciones, compases e ignorancia. La crítica es para Edwards Bello ombligo de la corrupción y de la inmundicia social, así las previsiones los únicos gascones de los valores morales.

En crítica y escritor Hernán del Solar, cuando habla del malogrado inmortal de nuestras letras, considera que, "es imposible encuadrarlo en un rápido comentario. Desbordó, escape, chispas en crecimientos en que cada intento de síntesis puede traccionarle. Por primera vez en nuestra literatura, nos encontramos ante una fuerza de la naturaleza en acción. Su obra se parece a los mejores ríos de su Valparaíso natal: levanta, avienta, destruye, arrastra, canta y vuelve a embudo; y, de pronto, en cualquier rincón, junta nuevamente una sola bala a un remolino casi inabarcable de polvo. Para calificarlo, lo primero que asoma es una cuadrilla de adjetivos. Tenemos que espantarnos, sin muy solución, en cierto, pero evolucionar pronto, en seguida chocamos, y lo que dicen carece de significado".

Desde su juventud se advierte una rebeldía frente a su medio, su clase social que trataba de imponerle a tomar una senda que siempre rechazó. Educado en el Colegio McKay y en el Liceo Edwards de la Buena, para que algún día llegara a ser figura colosal de nuestra diplomacia, no se interesó por ingresar a la universidad, ni por satisfacer las aspiraciones de sus progenitores. Su destino estaba en las letras y la política, las que cultivaba apasionadamente, en la ciudad de su taller. Ya en su nacimiento hay un signo de tragedia que se identifica con el dramatismo de su muerte. Apenas siendo un niño, debió soportar los efectos de la trágica revolución del 91. En la colección de "Nuevas Crónicas", recuerda con amargura esta etapa trágica de sus primeros años: "Yo fui el año del dolor, de la salida del trabajo de Mena, de la violación del Cal y Canto, etc. Duró años de lazar desde los cerros de Valparaíso un giro así a toda el habla humana... y se fue para siempre de la tierra del cóndor y el humo. Balmaceda presidencial La Moneda.

Cuatro años después de venir a este mundo en las condiciones más díficiles, estalló la revolución. 1891. Se conoce lo que uno padece de la tragedia, no obstante los cortos años. Mi padre trabajó en el Banco Edwards, que luego reemplazó el edificio de los parlamentarios. Balmaceda dictó orden de prisión contra él y contra mi tío Jorge, que fue habido y encarcelado. Mi padre no fue habido. Muchos pasaron ese tiempo entre Quilpué y Santiago. Primera visita de guerra de mi infancia fue un paquete de soldados armados en la quinta campesina. Buscaban a mi padre y a otros conspiradores. Registraron toda, hasta los jones.

En violencia valiente y deseo de "decir verdades", no más de una oportunidad le sobrevivieron graves problemas. Cuando publicó su novela "El Insult" fue repudiado por su clase, perseguido y despreciado, a tal punto que debió abandonar el país apresuradamente.

Ados después vagabundó por el mundo. Recorrió América, Europa, el norte de África. Siempre se sintió perseguido y veía en la gente muchos enemigos. Sin embargo, fue valiente y leal con sus amigos. Admirador furibundo de nuestro pueblo. Para él, el niño —como lo expresa en la novela del mismo nombre— se encerraba hasta el heroísmo. Pocos días antes de su trágica determinación abandonó el lecho de enfermo para presenciar la Fiesta del Hito Chileno, en la Plaza Yungay.

Su obra es extensa. El paso de Edwards Bello por el periodismo está grabado en 60 años de diario inintermitente. Solo mencionaremos algunas de sus novelas: "El Insult", "El Monstruo", "El Feto", "La Muerte de Vanderbil", "Cap Pontón", "El Chivero", "El Chileno en Madrid", "Valparaíso, la Ciudad del Fuego", "Crónicas en París", "La Chica del Crimen", "En el Viejo Alameda", "Valparaíso, Fantasma". A esto hay que agregar numerosas crónicas de crónicas y ensayos, que requerirían muchas páginas.

La muerte, última crónica de Joaquín Edwards Bello.
[artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La muerte, última crónica de Joaquín Edwards Bello. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile